

En la Muerte de Juan Blanco

Valentín Fernández Polanco

Hace pocos meses le oí decir en un acto académico a Ángel Gabilondo, Catedrático de Metafísica y actual Rector de la Universidad Autónoma de Madrid: “Juan Blanco es lo mejor que le ha pasado a la filosofía en Madrid en las últimas décadas”. Ahora, en el momento de su muerte inesperada y prematura, es aún pronto para valorar el alcance y repercusión de su legado, pero algunos rasgos sobresalen ya de forma inequívoca para permitirnos tomar conciencia del excepcional valor de su figura y de la profundidad de su propuesta filosófica.

Juan Blanco ha devuelto a la filosofía su dignidad. En un tiempo en que la actividad filosófica no ha podido sustraerse a la profesionalización y a la especialización académica, en que se admite sin discusión el tópico de que no puede haber filosofía fuera de la academia, Juan Blanco, maestro de filósofos —académicos o no—, ha vuelto a enraizar la filosofía allí donde únicamente puede tener su arraigo si quiere merecer la dignidad de su nombre, esto es, en la vida, entendida como actividad común de los hombres que tratan de habitar el mundo valiéndose de sus palabras. Ya Wittgenstein había denunciado la esterilidad de la filosofía académica. Pero mientras él buscó fundar la fertilidad y la autenticidad de su pensamiento en el aislamiento interior de su intimidad individual, lo que le convirtió casi en un fenómeno de moda, Juan Blanco, en cambio, propuso devolver la filosofía a la *polis*, de donde había surgido, lo que exigía ciertamente renunciar al orgullo del filósofo titánico para integrar la individualidad de cada uno en la construcción común de un saber hacer.

Él enseñó que una filosofía digna de su nombre no cabe en cualquier biografía. Que una filosofía digna de su nombre y de su origen exige una biografía en la que implantarse y a la que guiar por medio del lenguaje. Si quieres saber qué hacer, interioriza la *polis*. Y, para ello, constrúyela al mismo tiempo. Así, harás que el lenguaje, es decir, lo social, construya tu pensamiento, y sólo así podrás concebir algo parecido a tu intimidad común.

Filosofía indisociable de la biografía, biografía construida en el lenguaje, filosofía arraigada en la *polis*. El pensamiento de Juan Blanco no ha cesado de reivindicar lo común al mismo tiempo como suelo y resultado de la actividad racional humana. Con ello ha filtrado el individualismo contemporáneo obligándole a pasar de nuevo por la asamblea griega, es decir, por Atenas. Esa era su propuesta. Atenas aún tiene mucho que enseñarnos a quienes nos gustaría saber qué hacer porque en ello nos va nuestro ser. No sólo porque interiorices algo de Atenas en ti, sino porque desde ahí puedas reintroducir algo de Atenas en Madrid, única forma, por lo demás, de conseguir lo primero. Para ello, Juan llevaba varias décadas haciendo la visita guiada a legiones de alumnos, desde su piso de la Prospe, por la fértil antigüedad ateniense.

En ella se hallaba la figura de quien condensó paradigmáticamente la racionalidad que una ciudad puede llegar a generar desde la libertad común de sus ciudadanos: Aristóteles. Que no es un pensador, sino el pensamiento. Que no es él mismo, sino el precipitado del diálogo entre razón y libertad, el sedimento del saber hacer griego. Aristóteles es Atenas. Es la plasmación de la racionalidad común humana aplicada a la determinación de lo preferible. No hay, pues, más que Aristóteles. O, mejor dicho, sí que lo hay: fuera de Aristóteles está la teología, pero ese es otro terreno, y no el de la filosofía.

Maestro de filósofos, Juan Blanco aprendió con ellos lo que les estaba enseñando. A desentrañar la esencia del pensamiento aristotélico y de la actualidad

del mundo, que es la misma. Y aunque su enseñanza fue exclusivamente oral, no era el suyo un diálogo socrático, sino aristotélico, y, muchas veces, estrictamente peripatético. No había en él ni sombra de esa especie de arrogancia que a veces parece traslucirse en el diálogo socrático. Al contrario, igual que el Estagirita, también su enseñanza oral queda abierta a la interpretación, a la búsqueda inconclusa, y el testimonio escrito que de esa búsqueda pueda quedar, quedará en los escritos de sus alumnos, muchos de ellos filósofos académicos, pero muchísimos más, hombres y mujeres ocupadas en vivir una vida filosófica según un modelo que hay que ir construyendo al mismo tiempo que se vive y se habla de ello.

La *Ética a Nicómaco* de Aristóteles se le abría ya sola por el capítulo VI, 2, de tantas veces como lo visitaba: “Lo que en el pensamiento son la afirmación y la negación, son, en el deseo, la persecución y la huida; así, puesto que la virtud ética es un modo de ser relativo a la elección, y la elección es un deseo deliberado, el razonamiento, por esta causa, debe ser verdadero, y el deseo recto, si la elección ha de ser buena, y lo que la razón diga el deseo debe perseguir”.

Descansa en paz, Juan.